

La orden de los caballeros teutónicos, de que nos resta hablar, tuvo su origen en 1190, en el campo de los alemanes delante de la ciudad de san Juan de Acre ó Ptolemaida. Habia ya habido en Jerusalem un hospital para los pobres enfermos y peregrinos de la nacion germánica; pero aquel establecimiento habia tenido la misma suerte que los demas de aquella especie, quando la ciudad santa cayó en manos de Saladin. La caridad de los alemanes se inflamó durante el sitio de Acre en favor de sus compatriotas, de que gran número habia enfermado por las fatigas del asedio y las influencias del clima. Muchos cruzados emplearon sus personas y bienes en alivio de aquellos desgraciados. Con este objeto pusieron una tienda de campaña con la vela de un navio, y recibieron en ella á todos los enfermos y heridos alemanes, cuidándolos con toda la sollicitud de una caridad compasiva. Varios caballeros de la misma nacion se unieron á aquellos piadosos hospitalarios, y tuvieron parte en el mérito de esta buena obra. El rey de Jerusalem, el patriarca y los prelados elogiaron justamente su zelo. Federico, duque de Suavia, que mandaba los cruzados alemanes, escribió al rey de Germania Enrique VI, su hermano, empeñándole para que solicitase de la santa sede la aprobacion de aquel establecimiento. El papa Celestino III confirmó en 1191 el instituto de los caballeros teutónicos, á solicitud de este príncipe, con la invocacion de nuestra señora del Monte Sion, ó de santa María de Jerusalem, con todos los privilegios concedidos á los hospitalarios de san Juan y á los templarios; además del cuidado de los pobres enfermos, estaban obligados á defender la Iglesia y los lugares santos, proviniendo de ahí el que se hayan hecho militares como los otros. Esta orden se extendió en poco tiempo, y se elevó á un gran poder, mediante sus conquistas sobre los paganos del Norte de Alemania, á los quales se les autorizó para hacer la guerra. Aun subsiste, pero bien distante de su antiguo esplendor, aunque compuesta de la mas ilustre nobleza de Alemania. Las revoluciones que en aquella parte de la Europa experimentó la religion en el siglo XVI, la despojaron de los vastos dominios que poseian, y que la hacian temible á los mismos gefes del cuerpo germánico.

## ARTICULO X.

*Autores eclesiásticos que florecieron en el siglo XII.*

Siendo este siglo mas ilustrado que todos los que le habian precedido despues de la decadencia de las letras, fué tambien mas fecundo en escritores de mérito. Aun estaban los hombres muy léjos del floreciente estado de que habian caido al fin del siglo VI, pero ya empezado á dexar tras de sí parte de las tinieblas y de la barbarie que reynaban en la Europa habia mas de quatro siglos. Sin embargo, aun no habian sacudido totalmente el yugo de la ignorancia que los agoviaba tanto tiempo habia; pero por los generosos esfuerzos de varios literatos, que tal vez hubieran llegado á la mas alta esfera de sabiduría en edad mas ilustrada, se habia á lo ménos comenzado á romper por una parte el tenebroso velo que cubria al universo desde tanto tiempo. Si aun no se conocian los principios de la crítica, las reglas del gusto, las gracias del estilo, y todo su mérito; es cierto, á lo ménos, que por lo comun á mediados del siguiente siglo, hubo mas viveza en los entendimientos, mejor eleccion en los conocimientos, mas orden en las producciones, y mas dulzura y correccion en el modo de escribir. Vamos segun nuestro método á sacar entre la muchedumbre algunos escritores eclesiásticos de este siglo, citén los á los mas distinguidos, y dando de ellos una noticia que sirva de prueba á esta reflexion.

Ivon de Chartres, así llamado porque fué obispo de aquella ciudad, ilustró sucesivamente los siglos XI y XII, viviendo en ambos; en el primero porque fué en el que nació; y en el segundo porque fué en el que murió y recogió el fruto de sus trabajos. Este hombre, célebre por sus virtudes, erudicion y zelo en el restablecimiento de la disciplina eclesiástica, nació en la diócesis de Beauvais, año de 1040, de una familia noble y rica. Fué su maestro en las ciencias divinas y humanas el famoso Lanfranco, que daba entónces tanto lustre á la escuela del Bec como ya hemos visto. Baxo la conducta de un hombre tan hábil y tan piadoso, hizo Ivon grandes progresos en las letras y en la virtud. Durante su mansion en Bec se aplicó particular-



mente al estudio de los padres y de los concilios, continuando en lo sucesivo en cultivar este género de erudición de que gustaba singularmente. Por este medio llegó á ser en su tiempo el hombre mas versado en los cánones, y el mas instruido en las reglas de la disciplina y del gobierno eclesiástico. Un conocimiento tan profundo de las leyes canónicas le hizo capaz de grandes servicios á la Iglesia ántes y despues de su elevacion al obispado. Habiendo Guido, obispo de Beauvais, fundado cerca de aquella ciudad un monasterio de canónigos reglares en 1075, nombró á Ivon por superior. Restituyó á su vigor en aquella casa las antiguas prácticas de la vida canonical, que la relaxacion habia destruido ó alterado por la mayor parte, en donde la regularidad no era mas que un nombre vano. Su comunidad llegó á hacerse como un seminario, cuyos individuos formados en las verdaderas máximas del espíritu clerical, difundieron por toda la Iglesia los sentimientos de piedad que habian bebido en las lecciones y exemplos de su superior. No se contentó Ivon con ser su guía en la senda de la virtud, pues quiso ser su maestro en las ciencias convenientes á su estado; les enseñaba la teología, la escritura y los cánones. Y en esta época de su vida fué quando formó su gran coleccion de cánones de que hablaremos en breve.

En 1091 habiendo depuesto Pasqual II á Godofre, obispo de Chartres, convencido de simonía y de otros muchos crímenes, fué electo Ivon para ocupar aquella silla, y habiéndose suscitado por parte del metropolitano de Sens algunas dificultades, respecto de esta eleccion, el papa ungió por sí mismo al nuevo obispo. Colocado Ivon en la silla episcopal con tan vivas y acrisoladas luces, y un zelo tan activo y generoso, no podia ménos de cumplir como bueno y vigilante pastor. Pero su amor á las santas reglas le hizo caer en desgracia de su soberano, y aborrecer de sus compañeros ménos ilustrados y firmes que él; porque no podia aprobar, como lo habian hecho algunos obispos poco instruidos ó aduladores cobardes, el divorcio del rey Felipe I, y Berta de Holanda, su legítima esposa, y el matrimonio escandaloso de este príncipe con Bertrada de Monforte. Se le confiscaron sus rentas, le encerraron en un castillo, pero nada pudo disminuir su valor, ni arrancarle una aprobacion que las leyes de la Iglesia no le per-

mitian conceder. Restituido á su libertad, continuó gobernando su diócesis segun las mismas prácticas, y esparciendo la luz de su doctrina en toda la iglesia Galicana, cuyo oráculo era. Pero esta le perdió en 1115 hallándose en la edad de 75 años y 23 de su episcopado.

Su coleccion de cánones que publicó con el título de *Decreto*, era la mas amplia y mas completa que hasta entonces se habia hecho. Se proponia juntar en esta obra todo lo que los padres, los pontífices, los concilios y los príncipes católicos habian establecido, decidido y arreglado acerca de la fe; los sacramentos, la moral, la disciplina, y la conducta de los clérigos. Se valió de las tareas de aquellos que ántes de él habian hecho semejantes colecciones como Reginon en el octavo siglo, y Buchardo, obispo de Wormes, en el oncenno; porque no era posible tener presentes á un mismo tiempo todos los originales y todas las fuentes de que tantas autoridades estaban sacadas. Ivon de Chartres cita muchas veces las falsas decretales que miraba como auténticas, segun la preocupacion de su tiempo. Cita asimismo el código y el digesto que comenzaban á conocerse en Occidente. Ademas de esta grande obra del santo prelado, se le atribuye otra coleccion de cánones ménos considerable, intitulada *Parnomia*. Un hábil crítico del último siglo, (Mr. Balucio) pretende que Ivon de Chartres compuso primeramente la Panormia, y que viendo su buen suceso emprendió otra mas extensa, que fué su *Decreto*. Valga por lo que valiere esta opinion, ambas obras hacen igualmente honor á la erudicion de Ivon de Chartres, á su conocimiento para las sabias investigaciones, y á su zelo por la observancia de los cánones. Se conservan aun veinte y quatro sermones de este autor y una preciosa coleccion de 188 cartas, que son otros tantos monumentos de la fortaleza con que toda su vida combatió los vicios y los abusos de su siglo.

Nunca conocemos mejor las dificultades de nuestra obra, que quando tenemos que reducir á una compendiosa noticia un asunto rico y abundante. Es menester en este caso escoger los principales puntos, y ceñir y acumular las ideas, por no faltar ni al objeto que debemos pintar, ni al lector que vamos á instruir. Los obstáculos nos parecen aun mayores si se trata de dar á conocer con todos sus caracteres, y todos los sucesos en que tuvo parte un hom-



bre como san Bernardo, cuyo solo nombre ofrece la idea de las virtudes mas sublimes, de los talentos mas raros, y de la eloquencia mas viva y penetrante. Este portentoso monge que fué el prodigio de su siglo y la admiracion de los otros, nació en 1091 cerca de Dijón, en el lugar de Fontaines, de que su padre era señor. Habia recibido de la naturaleza todas las calidades que pueden hacer á un jóven de su clase comparecer con esplendor en el mundo, una figura noble é interesante, un corazon tierno y sensible, un entendimiento vivo y penetrante, una alma honesta y creada para la virtud. Las disposiciones favorables que mostró hácia las ciencias y de la piedad, anunciaron temprano lo que debia ser despues. Desde su infancia gustó del retiro y de la meditacion. No le fué preciso experimentar los perjuicios y la corrupcion del mundo para conocerle y despreciarle. Nada se olvidó de quanto podria retraerle de estos pensamientos que se miraban como poco convenientes á su edad, y aun ménos á las miras de fortuna que se tenia en su persona. Se trató principalmente de inspirarle sentimientos ambiciosos, y el deseo de la gloria mundana. Estuvo á punto de rendirse, porque le tentaban por un medio para él el mas seductor, el amor de las ciencias y las gracias del ingenio. Pero Dios le hizo el favor de que resistiese á las lisongeras esperanzas que hacian brillar á su vista. Concibió, pues, el designio de consagrarse enteramente á la piedad en algun desierto. Sus hermanos y amigos se empeñaban en retraerle, pero se ensayó felizmente en el talento de persuadir, que le hizo tan célebre en lo sucesivo, ganándolos para Dios á ellos mismos, y inspirándoles su misma resolucion. Salió de la casa de su padre en 1113 con cinco de sus hermanos, y mas de veinte compañeros, dirigiéndose al Cister para pedir el hábito religioso al santo abad Esteban, que hacia entonces de aquella casa la escuela de todas las virtudes. Bernardo tenia solo 22 años, pero en breve llegó á la prudencia consumada y á la madurez de los ancianos. Habiendo Hugo, conde de Troyes, donado á la orden del Cister el territorio de Claraval, dos años despues del retiro de Bernardo, le juzgó Esteban bastante iluminado de Dios y prudente para conharle la superioridad de aquel establecimiento. Baxo la conducta de Bernardo la soledad de Claraval, ántes abrigo de ladrones, se hizo bien presto una

imágen del cielo, por la caridad que animaba á sus santos moradores y por la pureza con que vivian. Su modestia, su dulzura, su recogimiento, su continua oracion, su austera penitencia, á pesar de la suma delicadez de su temperamento, su humildad que le hacia preferir los mas baxos oficios, en una palabra, todas sus virtudes eran un libro abierto á sus ojos en que veian todos los secretos de la vida interior, y todos los medios que unen al alma religiosa con Dios. De todas partes se apresuraban á ponerse baxo su conducta, y se contaron bien pronto en Claraval mas de 700 religiosos; con todo, ni este gran número de habitantes ni sus trabajos turbaban la quietud de aquella soledad dichosa. Dia y noche reynaba allí una profunda calma, imágen de la del corazon de los que estaban unidos en aquel santo asilo.

Un mérito como el de Bernardo no podia estar mucho tiempo reducido al yermo de Claraval; no tardó, pues, su reputacion en difundirse por toda la Iglesia. De todas partes le consultaron en los mas difíciles asuntos, y desde que fué conocido no pasó cosa importante en que no tuviese parte. Sin otra autoridad que la de abad, sin mas que esta consideracion junta á un gran talento y virtudes, respeto mas poderoso que la autoridad misma, aquel varon santo llegó á ser el oráculo de la Iglesia, el alma de los concilios, la guia de los papas, de los reyes y prelados, el azote de los hereges, el conciliador de los intereses mas complicados y el móvil de las mayores empresas. Llamado á todas las asambleas eclesiásticas, dirigió sus operaciones y dictó sus juicios. Combatió los errores, terminó los cismas, y arregló con sus dictámenes el uso del poder eclesiástico y civil. Filósofo, teólogo, orador, director de las almas, negociador hábil, escritor culto, tuvo todo el talento y méritos, sin perder el de la modestia, propio de su estado. El mayor prodigio que en él obró la gracia, fué que en medio de tantos negocios conservó siempre el espíritu de recogimiento, y que con tan brillantes sucesos jamas dexó de tener la humildad de religioso. Buscado por los príncipes y los grandes, congregado en las públicas asambleas con los mas ilustres personajes de la Iglesia y el estado, disfrutaba la misma paz y el mismo reposo que en medio de la soledad. No se debe preguntar si en tan alto grado de estima y de reputacion se le ofrecieron dig-



nidades y prelacías, principalmente desde que Eugenio III, su discípulo y amigo, subió á la santa sede; pero él se resistió constantemente á todas las tentativas hechas para sacarle del humilde estado de monje que prefirió siempre á las primeras dignidades de la Iglesia. Este grande hombre, justamente llamado el último de los padres, consumido de trabajos y colmado de méritos, falleció en medio de sus discípulos en 1153 á los 63 años de edad y 38 de prelación en Claraval.

Las obras de este santo son una de las fuentes mas puras del dogma y de la moral; todo en ellas respira el gusto y la union de la piedad, todo guía á Dios y al amor de los verdaderos bienes. Habla siempre al corazon, aun en los asuntos profundos y abstractos. Ninguno conoció mejor que él el arte de conmover, penetrar y enternecer, aunque el arte no tuvo lugar en sus escritos. No sé qué afecto dulce y tierno que salia de lo íntimo del alma se esparcía sin que él lo procurase sobre todas sus producciones. Jamas se ha hablado de Dios y de las cosas espirituales con mas fuego é interes, y si se puede decir así, con mas gracia. Allí se ve un corazon sensible é ingenuo que se derrama sin esfuerzo, y que ocupado de su asunto se presenta baxo distintas formas, le pinta con los mas vivos colores, y no lleva otro designio que el de comunicar sus afectos, sus deseos y su amor. Si los pensamientos de este padre son vivos y agradables, si se encuentran en su estilo una dulzura y un encanto que atraen, si agrada é interesa por la delicadez de su pluma, aun quando expresa las verdades mas serias, y explica lo mas incompatible que tiene la ley divina con las pasiones, es por un efecto de aquel feliz natural que le hacia eloqüente sin fatigarse. Ingenioso, vehemente, profundo, afectuoso y apretante se muestra sucesivamente tal qual lo exigen el asunto que trata, y el objeto que se propone. Nutrido, ó mas bien penetrado de las santas escrituras, los pensamientos de los escritores sagrados se hallan como refundidos con los suyos; sus afectos parecen haber producido lo que exprime, y sus expresiones forman su estilo. No adoptó el modo de escribir seco y árido de los teólogos de su tiempo, siguiendo el de los antiguos, á quienes se ve que mira como una obligacion seguir sus pisadas. Entre todos los padres, san Ambrosio y san Agustin eran sus guias, y á

quienes habia meditado con mas atencion; por tanto se hallan en sus escritos su espíritu, sus ideas y su doctrina. Aun durante su vida se buscaban sus obras; las recogian cuidadosamente los sabios despues de su muerte, y ántes de la invencion de la imprenta se multiplicaban por las copias que se hacian en donde quiera que el gusto de las letras y la piedad se conservaban. Recopiladas por la solicitud de los mas hábiles críticos, jamas su lectura se aconseja demasiado á los que estan encargados de instruir y dirigir las almas. Los oradores sagrados encontrarán allí aquellos pensamientos nobles y sublimes, aquellos principios luminosos, y aquellas pinturas morales, que son en una mano hábil las semillas de los mas bellos rasgos de eloqüencia; los directores espirituales beberán las sólidas máximas de la piedad, los afectos de la caridad mas pura y las verdaderas reglas de buen vivir para todos los estados. Los límites y el plan de nuestra obra no nos permiten analizarlos. Varios sabios escritores se han tomado este trabajo, y últimamente el autor de la biblioteca portátil de los padres, tom. VII. obra excelente, como ya hemos indicado, y á que es menester consultar para enterarse bien de la historia de la Iglesia; pero ademas de lo que allí se dice sobre san Bernardo, creemos que nadie debe dispensarse de leer originalmente sus cartas, sus libros de la consideracion, sermones y su piadoso comentario sobre el cántico de los cánticos.

Pedro, llamado el venerable, abad de Cluni, era originario de Auvergne, de la ilustre casa de Mauricio en Monte Bossier. Colocan su nacimiento hácia el año 1092, le ofrecieron en su infancia al monasterio de Cluni, y recibió en esta casa y en la de Sancillange los primeros conocimientos de las ciencias, y las primeras lecciones de la virtud. Hizo en poco tiempo tan rápidos progresos, que se halló capaz de desempeñar en Vezelay los ministerios de prior, y de profesor ó maestro. Aunque jóven, se portó por su prudencia y talento con mucha distincion. Habiendo muerto en 1122 el abad Hugo, fué elegido Pedro para regir el monasterio de Cluni. Tenia entonces solo 30 años; pero ya era de una sabiduría y experiencia consumada. Los primeros años de su gobierno fueron turbados por un cisma á que dieron lugar la ligereza del abad Pontio, predecesor de Hugo, y algunos monges mal contentos. Pero la autoridad del papa Honorio II apagó el fuego



de la division, y vueltos á su deber los partidarios de Poncio, se restableció el buen orden. Pedro ya tranquilo, dirigió todos sus cuidados á reparar los désórdenes de una mala administracion, á reanimar el gusto de los buenos estudios, y á hacer revivir la piedad, la disciplina y la regularidad que habian decaido mucho durante las expresadas turbaciones. Los trabajos del piadoso abad no dexaron de producir buen efecto, y se vieron en breve resucitar no solo en el monasterio de Cluni, sino en los demas de la orden, las ciencias y las virtudes que le habian dado gloria por mas de dos siglos. Llevaba la correspondencia con todos los hombres célebres de su tiempo, especialmente con san Bernardo; sin embargo, la buena amistad de estos dos santos abades fué alterada por una desavenencia que se suscitó entre los monges de Cluni y los del Cister. La diversidad de prácticas de las dos órdenes, aunque sujetas á una misma regla, y la variedad del color y forma del hábito que los distinguia, dieron lugar á estas diferencias. Los cistercienses, que aunque estaban en el primer fervor de su instituto, echaban en cara á los clunistas haber enervado con mudanzas y modificaciones poco loables la regla de san Benito comun á unos y á otros. Hubo escritos de una y otra parte, habiendo empezado san Bernardo. El abad Pedro tomó la defensa de Cluni; las acusaciones de san Bernardo iban animadas de su vivo zelo por la observancia de las reglas monásticas: las respuestas de Pedro destruian estas reconvençiones con razones llenas de sabiduría, mostrando que la diversidad de usos relativos á cosas de poca entidad no debía impedir la estimacion recíproca, y ménos alterar la caridad entre dos órdenes que tenían un mismo origen y regla. Alegaba el exemplo de la universal Iglesia, en que las diferentes naciones y las iglesias particulares guardan sus distintos usos en todo lo que no es contrario á la fe y á las costumbres, sin que padezcan la union y la caridad. Habia otros puntos, como el abandono del trabajo de manos, el aumento de la racion, las exenciones, la magnificencia del edificio, las riquezas, los pleytos, &c. sobre los quales el abad de Cluni se veia mas embarazado en justificar á su orden. Sea lo que fuere, la estimacion y la amistad se renovaron entre estos dos varones, nacidos para hacerse justicia el uno al otro. Concurrieron juntos con su zelo y sus luces á la utilidad comun de la Iglesia,

y á la conservacion de la disciplina eclesiástica. Murió el abad Pedro á fines del año 1156, despues de haber gobernado la orden de Cluni por espacio de 35.

Se cuenta con razon á este ilustre abad entre los hombres mas sabios y mejores escritores de su siglo. Asistió con esplendor á varios concilios; refutó los errores de Pedro de Bruis. Escribió eruditamente contra los judíos y mahometanos. Recapituló los usos de su orden, é hizo sabios reglamentos para desterrar los abusos que se habian introducido; habiendo sido el mayor servicio que hizo á las letras y á la religion, haber procurado una traduccion latina del Alcoran, libro que apenas se conocia en Francia, sin haber perdonado á este objeto ni cuidado ni dispendio. Entre los escritos que de él conservamos, los sabios estiman en particular sus cartas. Estas estan escritas con un estilo puro, fluido y agradable. En ellas se ve ingenio, juicio, pensamientos sólidos y racionios vigorosos. Tal vez no tienen tanta viveza, gracia y brillo como las de san Bernardo; pero segun el juicio de un hábil crítico de nuestros dias, el lenguaje es mas neto, mas igual y mas correcto.

Hildeberto, obispo de Mans, y despues arzobispo de Tours, puede justamente mirarse como uno de los mas ilustres prelados y mejores escritores de su tiempo. Nació en 1055 en un lugar del Vandomois, llamado Lavardin, lo que ha dado motivo á algunos para creer era de la casa de los condes de Lavardin; pero si no ha sido de una familia tan distinguida, tampoco de una clase tan comun como otros han pensado. Su padre, caballero de Vandomois, le destinó desde su infancia al estado eclesiástico. Su educacion fué correspondiente á estas miras. Tuvo por maestro al famoso Berengario, que le inspiró el amor á las letras, pero no sus errores. Los progresos que hizo en las ciencias, le pusieron en estado de enseñarlas á su tiempo. Hoeldo, obispo de Mans, que conocia su mérito, le eligió para dirigir la escuela de su catedral entónces muy floreciente. Obtuvo ademas de este empleo la dignidad de arcediano, y despues de la muerte de Hoeldo acaecida en 1092, fué elevado á la silla episcopal de Mans. La vida de este zeloso pastor era conforme á sus obligaciones, aunque muchas veces sus ocupaciones fueron interrumpidas por los reyes de Inglaterra y el conde del Maine, que se disputaban la per-



tenencia de aquella ciudad y el derecho de nombrar su obispo. Perseguido alternativamente por estos príncipes, hubiera renunciado el obispado para vivir en el retiro, si Pasqual II lo hubiera consentido. A pesar de esto se aprovechó de toda la libertad de que pudo gozar para reformar á su clero que se habia relajado mucho. Totalmente estaba entregado á este santo ministerio, quando la muerte de Gilberto, arzobispo de Tours, le precisó á pasar á dirigir la Iglesia vacante, como primer sufragáneo de aquella metrópoli. Se sabia en Tours los grandes beneficios que habia hecho en la diócesis de Mans que habia 28 años que gobernaba. Fué, pues, elegido para ocupar aquella silla por unánime consentimiento del clero y del pueblo. Hildeberto tenia entónces 68 años, y á pesar de esta edad avanzada, no cesó de emplearse en los ejercicios mas molestos con el mayor zelo, instruyendo á su pueblo, visitando á su diócesis y las iglesias de la provincia, corrigiendo los abusos, y manteniendo con firmeza las reglas de la disciplina hasta su muerte sucedida en 1134.

Mirado Hildeberto como literato ocupa un lugar distinguido entre los autores eclesiásticos de su siglo. Nos restan de él sermones, cartas, tratados teológicos y varias poesías. "El gran número de sus sermones, dicen los sabios autores de la historia literaria de Francia tom. XI, pág. 411, sin contar otro mayor de los que probablemente se han perdido, muestran su zelo por la instruccion de aquellos cuya conducta le habia Dios confiado. Sus tratados teológicos, sus cartas y sus demas escritos, prueban su ciencia y erudicion, y todos los puntos de la religion son los monumentos de su doctrina. En ellos se encuentran todos los dogmas de la fe católica explicados con la mayor claridad... y al leerlos se ve que el autor sacaba sus sentimientos de la fuente pura de las escrituras y de la tradicion. La Biblia le es tan familiar como á san Bernardo. Solo pudiera reprochársele haber hecho algunas demasias, distantes de su natural sentido. Estaba muy versado en las obras de los padres, en especial de san Agustin, de san Leon y san Gregorio, y tan lleno de sus ideas y expresiones, que las empleaba muchas veces sin citarlos. Tocante á su estilo se puede decir, que ha hecho honor á su siglo, y que hubo en él pocos escritores á quienes no hubiese superado ya en verso, ya

en prosa." Añadamos á esta reflexion, que Hildeberto habla con mucha exactitud de la Eucaristia, aunque discípulo de Berengario, y que ademas ha sido el primer autor eclesiástico que se sirvió de la palabra *transubstanciacion* para explicar la mudanza substancial del pan y del vino en el cuerpo y sangre de Jesu-christo en este misterio.

El oráculo de la teología escolástica de este siglo fué Pedro Lombardo, llamado el maestro de las sentencias por su famoso libro de que vamos á hacer mencion. Este hombre célebre nació en Navarra, en Lombardia, de donde le vino el sobrenombre de Lombardo. Era de una condicion obscura y pobre. Estudió algun tiempo en Boloña, en donde habia una escuela de derecho muy afamada, sin duda á expensas del obispo de Luca su protector. Le dió aquel prelado cartas de recomendacion para san Bernardo, quando pasó á Francia, pidiéndole cuidase de su subsistencia durante el tiempo que allí estuviese para estudiar la teología. El santo abad complació al obispo por sí mismo, mientras Pedro Lombardo estudió en Rheims, y por medio de Gilduino, abad de san Victor, mientras estuvo en París. No pensaba Pedro permanecer allí mas tiempo que el necesario para perfeccionarse en la teología, y tomar los grados académicos; pero se distinguió tanto por su penetracion y el talento propio para la escolástica, que llegó á ser el doctor mas célebre de aquella primera escuela cristiana. Su mérito le proporcionó primeramente un canonicato en la iglesia de Chartres; pero hacia el año de 1159, habiendo vacado el obispado de Paris, y elegido el cabildo para su obispo á Felipe, arcediano de aquella iglesia, hijo de Luis el Grueso, y hermano de Luis el Joven, rehusó este príncipe la dignidad que le ofrecian, para hacerla recaer en Pedro Lombardo, mostrando por esta conducta quanto deben preferirse la sabiduria y el talento al esplendor de la cuna. Pero no gozó éste mucho tiempo de su elevacion habiendo muerto en 1164.

Pedro Lombardo es mas conocido por su obra de las sentencias que por el resto de sus escritos: consiste, pues, en una coleccion de los pasages de los padres, cuyo conjunto forma un cuerpo completo de teología segun el gusto de aquel tiempo. Está dividida en quatro libros, y cada uno contiene varias subdivisiones. En el primero trata de Dios, de sus atributos, y de las tres divinas personas; en



el segundo de la creacion, de los ángeles, del mundo, de la del hombre, de su caída, de la gracia y libre albedrío, del pecado original y actual; en el tercero de la encarnacion, de las perfecciones de Jesu-christo, de la fe, de la esperanza, de la caridad, de las virtudes cardinales, los dones del Espíritu Santo y los mandamientos; y en el quarto de los sacramentos y todo lo relativo á ellos. En esta obra, que en breve llegó á ser la única que se estudió en las escuelas de teología, solo se propuso Pedro recoger las opiniones de los Padres sobre todas las cuestiones que trata. Poco añade de suyo, sino para conciliar los pasages que parecen oscuros; y quando no puede hacerlo, dexa la cuestión indecisa. Huye de hablar de las cosas sobre que no han escrito los Padres, llevando la mira de no aventurarse á decir nada que no esté apoyado en la autoridad de los santos Doctores. Exceptuando la escritura, de ningun libro se han hecho tantos comentarios como de los de Pedro Lombardo; se cuentan hasta 240, la mayor parte muy voluminosos, producciones de las plumas de los mas famosos teólogos de todos los siglos, desde el suyo hasta el actual.

„Aunque se habian hecho ántes del siglo XII, dice „Mr. Dupin, biblioteca eclesiástica, siglo XII, pág. 737, „varias colecciones de cánones, de decretales y de pasages de los padres sobre el derecho eclesiástico; ninguna „se habia seguido ni enseñado públicamente. Las consideraban como obras de particulares, y las decisiones „que contenian, no gozaban de otra autoridad, que la „que tenian los monumentos de que estaban sacadas. La „colección que Graciano, monge de san Felix de Bolonia, acabó en 1151, tuvo mejor suceso; porque al „instante que pareció, los canonistas la adoptaron, é hicieron en poco tiempo muchos comentarios de esta obra.” La colección de Graciano, de que tratamos, era respecto del derecho canónico, lo que la de Pedro Lombardo respecto de la teología; pero aquella tuvo una suerte mas feliz y mas duradera; pues al cabo de largo tiempo la obra del Maestro de las Sentencias dexó de ser en las universidades un libro clásico, quando la del monge de Bolonia se explica aun y lee por los canonistas públicamente. Esta colección hizo olvidar las de Reginondo, Burchardo, y la de Ivon de Chartres mas reciente y hábilmente tra-

bajada. Graciano la intituló *concordancia de los cánones discordantes*, *concordantia discordantium canonum*; pero es mas conocida con el título de decreto que se le da en las escuelas, y con el qual se le cita comunmente. Se divide en tres partes, la primera contiene 100 distinciones. Trata el autor en ellas del derecho en general, y en seguida de los ministros de la Iglesia, desde los papas hasta los clérigos de última graduacion; la segunda distribuida en 36 causas, abraza muchas cuestiones relativas al derecho y disciplina canónica, y cada cuestión se divide en varios capítulos, en que trata de la simonía, de las apelaciones, de los poseedores despojados de sus beneficios, de la calidad de los testigos y de los acusadores, de las elecciones, del gobierno de las iglesias, de las censuras de los testamentos, de las sepulturas, de la usura, de lo que se debe observar respecto de los locos, de los juicios hechos contra las formas, de los monges y abades, de sus derechos, de los que hieren á los clérigos, de las concesiones, de los juramentos y de la infraccion de los cánones, &c. En la tercera que solo contiene 5 distinciones, habla el autor de la consagración de las iglesias, de la celebracion de la misa y oficio divino, de la Eucaristía, de las solemnidades de todo el año, de las imágenes, del sacramento del bautismo y de las ceremonias con que se confiere, de la confirmacion, del ayuno, del trabajo de manos y otros puntos de disciplina.

Graciano favorece por todos caminos las nuevas pretensiones de la corte de Roma, fundadas en las falsas decretales, y su obra ha contribuido mas por sí sola á extender la potestad de la santa sede, que todas las empresas de los papas que la habian precedido, sin exceptuar á Gregorio VII. Así veremos en los siglos siguientes á los pontífices ejercer mas poder que nunca, y asirse de las opiniones que el decreto admitido por toda la Iglesia acreditó universalmente. Otro considerable defecto de esta obra es que Graciano atribuye muchas veces á un concilio ó á un padre cánones ó textos de otros; pero entonces habia tan poca crítica, que todo se recibia sobre la palabra de los autores. La misma ignorancia é incuria habia dado crédito á las falsas decretales, tan funestas á la disciplina y á la sociedad christiana.



Si los límites á que debemos ceñirnos lo permitieran, podríamos añadir algunos otros autores de este siglo á los que acabamos de mencionar. Tales son, Hugo y Ricardo de san Victor, ambos hábiles teólogos y sabios escritores; Juan de Sarisberi, obispo de Chartres, filósofo de una erudicion amena y agradable; Pedro de Blois, conocido por sus cartas, sermones y varios opúsculos sobre diversos puntos de doctrina y de moral; Oton de Frisinga, de quien tenemos una historia cronológica desde la creacion del mundo, hasta mediados del siglo XII; el abad Ruperto que ha dexado comentarios sobre la sagrada Escritura; el cardenal Roberto Pullo que ha hecho un libro de sentencias en que todas las cuestiones decide por argumentos deducidos del sagrado texto; y finalmente Pedro Comerton, sacerdote de Troyes, de quien nos resta una obra con el título de Historia Escolástica, que ha gozado de la mayor reputacion por espacio de 300 años. Si se quiere adquirir una noticia mas individual de estos autores y otros de inferior mérito, puede consultarse á Mr. Dupin, D. Cellier, D. Rivert y los demas críticos que han tratado la parte literaria de la Historia Eclesiástica (a).

(a) No dexó la España de producir en este siglo algunos escritores dignos de memoria. Tales fueron, Pedro Compostelano, natural de la ciudad de Santiago, el qual escribió una obra intitulada de *Consolatione orationis*, que tiene la particularidad de estar interpolada de prosa y verso con rigurosos consonantes en el medio y fin de cada uno, con el fin y medio del verso siguiente. El asunto de esta obra es una alegoría en que representando al mundo con todas sus producciones, artes, ciencias y bellezas, hace ver despues lo perecedero de estas cosas, inclinando á la razon á preferir las celestiales verdaderamente sólidas, y extendiéndose con este motivo en singulares reflexiones sobre el paraiso, la bienaventuranza de los santos, las alabanzas de Dios, de la Virgen, &c. Esta obra se conserva manuscrita en la real biblioteca del Escorial.

Pelayo, obispo de Oviedo, continuó en este siglo las crónicas de Idacio, Isidoro Pacense y Sampiro, cuya continuacion ha reproducido emendada el P. Florez en el tomo 14 de su Esp. sag; y tambien recopiló y escribió la historia de la Iglesia y de la ciudad de Oviedo con todos los privilegios y bulas concedidas por los sumos pontífices á la Iglesia y á la ciudad; cuya obra existe en el *Tumbo ó Becerro* de dicha Iglesia. *Morales Viag. Sant.* publicado por el *Maestro Fior.* pag. 96. B.

Tambien es obra de este siglo la historia Compostelana, reputada por uno de los mejores monumentos de la historia de España, no solo por las noticias que contiene de la excelencia y prerogativas de la Iglesia del apóstol Santiago, sino tambien por las que trae relativas á la santa sede, á varios sucesos de papas y anti-papas de que no habia noticia, ó que se encuentra en ella la prueba original, y á algunos acontecimientos de cardenales, príncipes, prelados ó iglesias de España, que sin ella no se sabrian: asimismo hay en ella algunos concilios de que en ningun-

## ARTICULO XI.

*Costumbres, usos, concilios generales y disciplina.*

Las reflexiones que hemos esparcido en los artículos precedentes, han dado ya á conocer el estado de las costumbres en el Oriente y Occidente. La depravacion era grande en todas partes; pero los griegos mas delicados, mas cultos, y de unos apetitos mas refinados, vivian en una corrupcion análoga á su carácter y modo de pensar. Eran mas exquisitos en sus placeres, y el goce de ellos participaba de una cierta delicadez de espíritu y de corazon, que era en ellos efecto de un natural vivo y sensible perfeccionado por la educacion. Sin embargo habia entre ellos; como en todas las naciones cultas y corrompidas, dos especies de hombres, cuyas costumbres habian llegado á aquel punto de disolucion, en que no se halla gusto sino en los desórdenes mas desenfrenados, ni diversion sino en las escenas bulliciosas y llenas de escándalo.

En otra parte se halla vestigio. Escribióse esta historia á solicitud de Don Diego Gelmirez, primer arzobispo de Santiago, quien la encargó á dos cánigos de los mas instruidos de aquella Iglesia, el uno llamado Don Munio Alfonso, el otro Don Hugo, gallego de nacion, y habiendo sido promovidos estos dos cánigos á los obispados de Mondoñedo y Oporto, encomendó la obra el señor Gelmirez á otro cánigo llamado Giraldo, de nacion francés, que la concluyó. Dióla á luz el P. M. Florez en el tomo 20 de la España sagrada.

Pedro Toledano hizo una version latina del alcoran arábigo de Mahoma, por orden del venerable Pedro, abad de Cluni, que estaba entonces en España.

No se debe omitir que en este siglo san Cirita, monge Cisterciense, portugués de nacion, escribió las constituciones y leyes para los caballeros del orden militar de *Aviz*, fundada por él mismo, de orden del rey don Alfonso de Coimbra, las cuales insertó en latin y portugues: *El P. Bernardo Brit.* en el cap. II. del *Cister*. Otros dos monges benedictinos del monasterio de Celanova, llamados Ordoño y Esteban, escribieron á fines del siglo XII la vida de san Rudesindo ó Rosendo, obispo de Iria, y fundador de dicho monasterio, la qual se conserva manuscrita con letras de oro en un precioso códice, primorosamente iluminado en la biblioteca de Celanova, donde lo reconoció Ambrosio de Morales; que lo describe puntualmente en el cap. 36. del lib. 16. de la *Cron. Gen. de Esp.* y se valió de él para las noticias que da de san Rosendo en el lugar referido; y en la descripcion del viage santo publicado por el P. Florez al fol. 155. añade que el monge Ordoño fué tambien autor de una obra intitulada: *Expomogeron ó Exbomologeser*, que viene á ser como un racional de los divinos oficios.